

## Emprender humanamente. Humanizarse emprendiendo

Rafael Alvira

### ¿Por qué Empresa y Humanismo?

El Instituto Empresa y Humanismo nació, hace ahora veinticinco años, como consecuencia de un entrelazarse de circunstancias y de voluntades. En sustancia, nada distinto al nacimiento de otras muchas entidades sociales. Sin embargo, como es sabido, la mayor parte de las que comienzan tienen una existencia fugaz. No llegan a alcanzar esa vitola tan difícil que es la de una cierta *institucionalidad*.

Veinticinco años es aún poco, pero no tanto si se toma en cuenta el carácter del Instituto: empresa y humanismo. Fueron muchas las sonrisas benévolas de quienes al conocerlo lo consideraban un imposible. No se daban cuenta de que con esa sonrisa contribuían a impulsarlo. En efecto, sólo el humanista se atreve a lo imposible: *noblesse oblige*; o, si se quiere decir así, al humanista sólo le interesa lo imposible. Pues es bien claro, por paradójico que sea, que la tarea de humanizar al ser humano sobrepasa las posibilidades del ser humano. De ahí que la situación interior de las personas de una cierta edad sea comúnmente la de "estar de vuelta" de todas las ilusiones, o la de empecinarse en utopías meramente imaginativas.

Mantener la esperanza hasta el final, emprender cada día de nuevo con el fin de humanizar la humanidad ajena y propia, eso es algo que queda reservado sólo a los que confían en la *verdad* del ser humano, es decir, en Dios. Las instituciones existen en las personas que las *encarnan*. Encarnar quiere decir que hacen propia la *idea constitutiva*, es decir,



EMPRENDER HUMANAMENTE. HUMANIZARSE  
EMPRENDIENDO

Rafael Alvira

el alma de la institución, y que saben manejar adecuadamente los medios precisos para su vida, es decir, el cuerpo de ella. No es posible que nazca y se desarrolle sin un alma y un cuerpo; no es posible que exista de verdad sin personas que la encarnen de verdad.

Desde el primer momento se tuvo la convicción de que *Empresa y Humanismo* era una gran idea, y de que, gracias a la generosidad de un magnífico grupo de empresas, junto a la Universidad de Navarra, se disponía de medios. La fortuna hizo que también estuvieran las personas.

Los últimos años 80 –Empresa y Humanismo nace en el 86– tuvieron un toque especial. Habían pasado aproximadamente veinte años desde los acontecimientos de finales de los 60, que marcaron extraordinariamente la vida del mundo occidental. La revolución del 68 sintetizó un conjunto de ideas y de hechos propios de aquellos años con una filosofía de fondo que pretendía llevar a sus últimas consecuencias la filosofía de la revolución democrática.

Quizás fue no sólo la revolución más peculiar sino también la más radical, porque no la hicieron los esclavos, ni los siervos, ni los explotados, ni los pobres miserables, ni los despechados políticamente. La hicieron los “niños bonitos”, los “hijos de papá” democráticos. Sólo a los que no estaban acostumbrados ni a la dureza de la vida ni al amor familiar verdadero se les podía ocurrir *exigir* (la palabra *pedir* desapareció del lenguaje político) total libertad e igualdad.

Sus padres les transmitieron la ideología democrática –en unos casos directamente, y en otros por el rechazo que provocaba su estilo en los hijos– y, a la vez, un nivel material de vida nunca visto antes, unido a una desatención familiar tampoco nunca vista antes. Desde luego, no todos los jóvenes vivieron esto, pero a muchos les afectó el *efecto contagio*, tan característico de la juventud.



Fueron años en los que se popularizó la píldora anticonceptiva –verdadera bomba atómica social–, se extendió la droga y se normalizó la pornografía. Todo había pasado a ser posible. ¿Por qué no exigirlo? Era llegado el momento de instaurar definitivamente la libertad y la igualdad absolutas.

La veintena de años mencionada fue un auténtico terremoto en las personas, las instituciones, las sociedades. El cuerpo social quedó como un boxeador flotando *groggy*, sin capacidad de reacción.

Frecuentemente, el enriquecimiento rápido daña la moral personal y social. Si a eso se le añade la famosa crisis religiosa del postconcilio y los otros factores ya señalados, se entiende el mencionado terremoto.

Sin embargo, al mismo tiempo, otras dimensiones de la vida, y otras acciones históricas, iban haciendo acto de presencia. En concreto, y a pesar de los pronósticos contrarios de intelectuales y políticos, se acercaba el derrumbamiento del “socialismo real”. De otra parte, en Occidente se empezaban a mostrar los primeros síntomas –también ocultos por el *establishment* político– de la crisis del “Estado de bienestar”, un Estado que estaba consiguiendo aletargar a la Europa libre. Tal forma política, en apariencia una sabia síntesis de libertad e igualdad, de Estado y mercado, produjo el crecimiento exponencial de una irresponsabilidad personal y social, que favoreció a la ideología sesentayochista.

Al mismo tiempo se produjo un fenómeno de expansión masiva de la formación superior, sobre todo universitaria. Este fenómeno, de un lado, “proletarizó” la universidad, pero, de otro, cambió la faz de las empresas, pues se fue reduciendo el número de obreros sin cualificación en la misma medida en que aumentaban los empleados con titulación superior. Esto comenzó a forzar el cambio en la estructura de las organizaciones y, sobre todo, en el modo de gobernarlas. Ahora había



que "gestionar el conocimiento". Además, la creciente complejidad de las redes sociales convertía poco a poco en obsoletos los antiguos estilos empresariales.

Al ampliarse los mercados por la globalización, hubieron de ampliarse las empresas, que entonces dejaron de tener un *patrón*. A partir de ese momento, la empresa oscila entre la tentación de *democratizarse* o la de depender del grupo de sus accionistas. La solución es estructuralmente un compromiso, y realmente una aparente paradoja, en la que estamos hoy. La forma de las organizaciones, y particularmente las "empresas", es un resultado del encuentro entre las posibilidades abiertas por el desarrollo científico-tecnológico, y la implantación progresiva del radicalismo democrático propio del espíritu del sesentayocho.

### El nuevo humanismo

Ciertamente fue en el mundo socialista en el que con más constancia se habló de humanismo. Al no aparecer la famosa *mano invisible* que rectificaría los desajustes originados en la sociedad liberal, hacía falta una mano visible, a saber, el *Estado*. Él tenía que encargarse de hacer real la fórmula del nuevo humanismo democrático: los seres humanos somos libres e iguales. Liberalismo y socialismo coinciden en la fórmula, pero difieren en el método para alcanzarla. Fracasado el camino liberal, aparecía como evidente que sólo quedaba abierto el socialista. Pero, a su vez, éste condujo al Gulag. La obra de Solzhenitsyn supuso, junto con las acciones militares soviéticas en Hungría y, sobre todo, en Checoslovaquia, el resquebrajamiento de la fe socialista.

A la democracia le quedaba prácticamente una sola opción, tras el desencanto del liberalismo, el socialismo y el centrismo del "Estado Providencia", y era resucitar la utopía *anarquista*. Seamos libres y llenémonos de sentimientos de amor igualitario. El sesentayocho fue en



buena medida eso, pues merced al desarrollo de la riqueza en Occidente, unida al aumento de un individualismo resultado tanto de la riqueza como de la falta de un proyecto trascendente de vida, creyó madura la sociedad para –al menos entre las generaciones jóvenes– instaurar el ideal democrático radicalmente; libertad e igualdad sin restricciones.

Los modos de la vida política han tenido desde aquellos años diferencias no pequeñas, según los lugares y los tiempos. Particularmente relevante es la diferencia –cuyos orígenes están ya en las divergencias entre la revolución americana y la francesa– entre el modelo estadounidense y el europeo continental. Sin embargo, el humanismo que se busca instaurar es siempre el mismo: libertad e igualdad configuran la figura del hombre nuevo, y el objetivo sigue siendo el lograrlo.

Parece que el desarrollo tecnológico, particularmente en el campo de la biotecnología, sigue favoreciendo un sesentayocho que ya no es ruidoso ni meramente juvenil, sino que está encarnado en la sociedad de manera cada vez más extendida. En efecto, la biotecnología le ha abierto un nuevo y formidable espacio a la imaginación democrática. Hasta ahora había una barrera en apariencia infranqueable para la igualdad total y, por consiguiente, para la libertad total –no se puede olvidar que mientras no haya igualdad total, la libertad de los más débiles puede estar amenazada por la de los más fuertes–: se trataba de la diferencia de sexos. Ahora, parece que eso se podrá superar. El *hombre nuevo* está a punto de ser un hecho.

Si la tecnología nos permite todo, ello quiere decir que, en lo esencial, el *pasado* se convierte en irrelevante. El *pasado trascendental*, lo *dado*, o sea, la *naturaleza*, carece de fuerza alguna directiva, y el *pasado cronológico*, la *historia heredada*, no tiene más interés que el que cada uno quiera atribuirle. Sólo interesa el futuro o, si se quiere, el mero presente con una mirada hacia el futuro. La misma idea de *progreso* no importa por sí mis-



ma, pues es difusa y relativa, sino que vale sólo en cuanto sirva de ayuda para vivir mejor.

Puesto que lo que se entiende por "izquierda" subraya que no hay libertad sin igualdad, y que para establecer ésta hace falta —como es claro— no depender del pasado, sino mirar al futuro, el hombre nuevo democrático, para decirlo con terminología al uso, es necesariamente de izquierda. Ello explica por qué la derecha democrática, aunque sea superior en la eficacia, está siempre acomplejada en lo relativo a las cuestiones de fondo.

### Problemas del nuevo humanismo

Cada proyecto vital ha de mostrar su validez en la teoría y en la práctica. El nuevo humanismo se enfrentó desde el primer momento con la tarea de explicar algunas dificultades que, a primera vista, plantea.

Una es el concepto de *libertad absoluta*. Se trata de un concepto paradójico. Si se es libre de algo, se presupone ese algo y si se es para algo, se presupone igualmente la idea de aquello que se quiere alcanzar. Es decir, no puede librarse de los *condicionamientos*, y, por tanto, no es absoluto. Si se mantiene que lo *absolutamente absoluto* es la fuerza misma de la libertad, el problema es que no hay potencia sin resistencia, y, por consiguiente, tampoco desde ese punto de vista es absoluta. Por lo demás, la experiencia de la conciencia es que la fuerza de nuestra libertad no nos la damos a nosotros mismos. El resultado final es que la idea de libertad absoluta consiste en la tesis indemostrable de que todos los condicionamientos son casuales y que, por ello, aunque propiamente no es absoluta, la libertad interna como *capacidad de decisión*, sí lo es. Pero aquí viene la finta: la libertad misma de decisión es azarosa. El resultado final es que no he de *responder* (responsabilidad) ni de lo de fuera de mí, ni de mí mismo. Sólo responderé en la medida en que me perjudi-



que el no hacerlo. Es decir, aquí hay una verdadera tesis filosófica de fondo, que se pretende verdadera, y que no es primariamente la de la libertad absoluta, sino la del absoluto azar que, justo porque es absoluto, se identifica *para cada uno* con la necesidad. La conciencia de que al actuar *soy libre porque no soy responsable* (dado que todo es azar-necesidad) es la tesis de fondo de Spinoza y de Nietzsche, y es la clave última de la modernidad en este punto.

Otro problema es el de la *igualdad absoluta*. Salta a la vista que, llevada a sus últimas consecuencias, convertiría al mundo en un repertorio meramente cuantitativo. En el fondo, una imposibilidad, pues la igualdad absoluta, al no ser plena identidad, supone el absurdo de dos realidades absolutamente iguales menos en su existir mismo, pero ello haría imposible cualquier relación y, con ello, la idea misma de igualdad. La incomunicabilidad absoluta es un absurdo. Por ello, la igualdad democrática no es otra cosa que la tesis indemostrable de que puede evitarse toda relación de *subordinación* —que anularía la libertad absoluta—, es decir, toda relación de *servicio*, pero eso es imposible en la misma medida en que no hay relación alguna que no implique en sentido genérico subordinación, por mínima que sea. Lo que resta aquí, por tanto, es la *utopía igualitaria individualista*. Los ordenadores individuales dan la impresión —completamente falsa, como es fácilmente comprobable— de que nos acercamos a esa utopía. Hay muchas dependencias del software y del ordenador mismo.

Así pues, el hombre nuevo democrático es una síntesis de *irresponsabilidad de fondo* con *utopía de fondo*. Es bien claro que muchos que se consideran demócratas no están de acuerdo con esta tesis. El problema es que el ser humano vive más de lo que cree ser y desea ser, que de lo que es. Y en ese creer y desear pesa de modo decisivo la filosofía que impregna las formas de vida. La imagen *operativa* hoy en el mundo occidental es la aquí señalada, y de ello hay pruebas de todo tipo y en gran



cantidad. La democracia no es una *forma política* ni puede serlo, pues en su forma pura es irrealizable, no sólo porque libertad e igualdad absolutas no son reales, sino porque si lo fueran serían incompatibles entre sí, como es bien claro. La democracia puede ser un *sistema político*, es decir, de organización política, lo que es muy distinto de la forma política, que se refiere a las bases de fondo de una sociedad. Posiblemente muchos, sobre todo entre centristas y cristianos, la piensan así. El problema entonces es que se sostiene insistentemente la superioridad indudable del sistema, cuando lo que en toda la mejor tradición filosófico-política se considera superior es el *régimen mixto*, que es una cosa bastante distinta. En la medida en que los regímenes hoy llamados democráticos funcionan mejor es porque se acercan de hecho al régimen mixto; funcionan tanto peor cuanto más se alejan de él.

Lo cierto es que las *ideas e imágenes*, así como las *palabras*, socialmente vigentes, tienen una fuerza extraordinaria. Por razón de ello hoy la filosofía política democrática ha adquirido el rango *dogmático* de una religión, y la democracia como sistema político el carácter de indiscutible políticamente. Y esto es lo que hay.

### Otro humanismo nuevo

Aunque se quieran poner diques y límites, parciales y momentáneos, la fuerza de las ideas y las palabras es imparable. Como afirmaba el famoso humanista italiano, ésta no es una *sociedad de responsabilidad limitada*, sino una *sociedad de irresponsabilidad ilimitada* y, se puede añadir, de utopía ilimitada. Pruebas: la crisis, el descenso mundial de la natalidad, el aumento exponencial de los problemas psíquicos, la tristeza.

La manera de evitar irresponsabilidad y utopía es simplemente, y de verdad, *tomarse la vida en serio*. Pero eso sólo es posible si la vida *merece* ser tomada así. Lo cual no es posible si la muerte es el fin y si lo que hace-



mos y nos sucede carece de sentido. Por ello siempre se había sostenido que sin Dios no puede cada uno tomar en serio su vida, y que sin religión no se puede constituir la sociedad, ni es, por tanto, posible el gobierno.

La vida humana se constituye sobre la responsabilidad y el servicio, o, si se quiere, sobre la libertad, condicionada y responsable, y la subordinación en las relaciones. La sociedad es un *sistema responsable de servicios mutuos*. Desde este punto de vista el verdadero nuevo humanismo consiste en renovar el que, en mayor o menor medida y extensión, siempre ha existido, y que el radicalismo democrático desconoce. Ya sólo con su aplicación se solucionarían muchos problemas. Por ejemplo, no existiría la deuda financiera fabulosa que hoy existe, y que no es ninguna casualidad debida al mal comportamiento de algunas personas y algunos mecanismos. Hay que estar ciego para sostener esa tesis. Se solucionaría la tristeza, la soledad y la desatención a la natalidad, porque la vida humana merecería la pena.

Con todo, el verdadero nuevo humanismo añade al ahora señalado algo, en cierto sentido, moderno, y es el énfasis puesto en la novedad de la creatividad en este mundo. El humanismo clásico habría insistido tanto en los aspectos trascendentes de la vida humana que habría dejado en un cierto descuido el interés por la novedad creativa en este mundo, o bien, no había sido capaz de armonizar adecuadamente la transcendencia con ese interés, aunque lo hubiera. En la medida en que para la creatividad en el mundo hace falta *trabajo*, el trabajo y la transcendencia, ambos aspectos profundamente humanos, o no estaban bien armonizados o incluso llegaban a contraponerse. Precisamente la filosofía de la revolución democrática —sobre todo la francesa— fue de modo explícito una filosofía política del trabajo *contra* una filosofía política de la contemplación. Ese fue el enfrentamiento del nuevo contra el antiguo régimen.



De hecho, el resultado tanto en la vida social como en la filosofía política y la antropología actuales es el de la supremacía del trabajo, en detrimento de la religión y las "humanidades".

Otro modo de expresar la idea de *tomarse en serio es amar*. Si para ser humano hay que amar la trascendencia, también se puede amar el trabajo, siempre que éste se conecte con la trascendencia. Y, ¿por qué no?

Para los que comenzaron "Empresa y Humanismo" esta tesis era simplemente la conocida doctrina del fundador de la Universidad. Pero una cosa es una doctrina y otra enfrentarse con la complicada madeja de la vida diaria, y, no menos difícil, el enfrentarse con la comprensión de esa madeja. Cada uno de los que comenzaron, y de los que luego se añadieron, ha entrado en esta temática a su manera, y no necesariamente con la señalada doctrina. Me atrevería a decir que el punto de unión entre todos estaba y está en un desacuerdo con la situación actual más generalizada, en las empresas y en toda la sociedad, un desacuerdo derivado de la falta de interés por la *persona*, por lo humano en el ser humano, que hoy existe. Es, por consiguiente, mi particular interpretación la que aquí presento.

### Humanismo en la sociedad y en sus organizaciones

Entiendo que trabajar es siempre, en cierto sentido, *emprender*. El mundo del trabajo es hoy, de hecho, cada vez más, el mundo del emprender, de la empresa. Todas las actividades se van estructurando y actúan con *espíritu de empresa*. Ese espíritu lo va invadiendo todo, desde el pequeño comercio hasta los clubs deportivos, desde los despachos de abogados hasta la organización de los ministerios en el Estado, y llega hasta los centros de enseñanza y la familia misma. El *desideratum*, lo óptimo que ahora se busca, es que cada persona indivi-

EMPRENDER HUMANAMENTE. HUMANIZARSE  
EMPRENDIENDO

Rafael Alvira



dual trabajo también con espíritu emprendedor. La figura del *trabajador* no cualificado y mero cumplidor de las tareas que se le asignaban, y la figura del *empleado* y *burócrata*, deberían dejar paso a la del trabajador-emprendedor.

Pero la figura del trabajador-emprendedor no funciona más que en pocos casos, y no del todo bien. De un lado, la mayoría siguen teniendo mentalidad de *empleados* o *receptores de trabajo*, cuya finalidad primaria es conseguir desde dicho trabajo una seguridad para la vida y unos medios para poder conquistar un futuro placentero. De otra parte, los que encarnan con entusiasmo esa figura, no por ello acaban de estar satisfechos. El mero trabajo en una empresa, en una organización, por muy emprendedor que uno sea, no es suficiente para llenar la vida humana. El *humanismo empresarial* simple, con ser muy superior a otros humanismos actuales, no basta. El *emprender* posee una gran belleza, pero sólo llena una vida si tiene un sentido para la perfección humana. Emprender con la mirada en la perfección es lo mismo que con el bien como finalidad. Y cada bien particular sólo lo es si se refiere a la vez al bien común. El bien es aquello que amamos. Y el que ama el fin, ama los medios necesarios para alcanzarlo.

Sólo cuando se ama el trabajo emprendedor por su incrustación en el sentido total de la vida, se ha entrado en el humanismo que pide nuestra época. Sólo cuando, a través —principal pero no únicamente— del ejemplo de los que dirigen y modelan la sociedad, se convierta ese espíritu en una vigencia social, se habrá consumado la instauración de tal humanismo. Es difícil o, más bien, imposible. Por eso hay que ponerse a hacerlo realidad.

EMPRENDER HUMANAMENTE. HUMANIZARSE  
EMPRENDIENDO

Rafael Alvira

